

Ingrid y los Siete Gansos



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 81296. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Ingrid y los Siete Gansos

Fernando Olavarría Gabler

Había una vez una hermosa niña, que vivía en las orillas de un lago, en el sur del país.

Era la hermana menor de diez hermanos, todos robustos varones que trabajaban junto a su padre en las labores del campo.

A la niña le habían destinado el cuidado de los gansos que poseía la familia y todas las mañanas la pequeña Ingrid los sacaba del corral y los llevaba a pastar a los verdes lomajes vecinos a la casa.

A mediodía, los gansos se dirigían al lago a bañarse y a beber agua y la niña los dejaba en la orilla y se iba a almorzar.

Todo era hermoso en este tranquilo ambiente sureño, hasta que un día la niña de linda cabellera dorada y de ojos azules como el lago, no se levantó de su cama porque le dolía la cabeza y tenía fiebre. Su mamá, después de lavarle la cara y peinarla, llamó al médico para que la visitara.

Los gansos quedaron extrañados al no ver esa mañana a su

dueña y al ser liberados del corral por uno de los hermanos de Ingrid iniciaron la marcha en una sola fila, no hacia las colinas de verde pasto sino hacia la casa de Ingrid, se aproximaron a la ventana de su dormitorio y empezaron a atisbar estirando sus cuellos y emitiendo sonoros graznidos.

La niña en ese momento dormía y al escuchar a sus amigos los gansos se despertó y levantándose de la cama los saludó a través de los vidrios de la ventana.

La mamá que estaba en la cocina amonestó cariñosamente a la niña por haberse levantado y saliendo hacia el jardín ahuyentó a los gansos hacia el lago. Estos se quedaron tristes y pensativos ya que no comprendían lo que estaba sucediendo, hasta que un mirlo que cantaba en un manzano en flor les explicó entre trinos que la niña estaba enferma y era necesario que alguien le diera una medicina para mejorarla.

Los gansos al oír esta noticia, consideraron que debían actuar. Esa noche no pudieron dormir porque no encontraban una solución al problema que tenían dentro de sus cabezas.

La noche era muy oscura y el cielo estaba cubierto con densos nubarrones. Empezó a soplar un fuerte viento que se intensificó al llegar el día haciéndose casi huracanado.

A mediodía el temporal estaba en su apogeo, los árboles se cimbraban y las hojas viejas se desprendían de las ramas, iniciaban una veloz trayectoria e iban a parar quizás a dónde.

Un golpe de viento abrió la puerta del corral de los gansos y éstos salieron aleteando con la cabeza en alto y fueron nuevamente a visitar a su amiguita, pero los postigos de la ventana estaban cerrados y entonces hubo una resolución general. La única gansa de la bandada se quedaría en casa para cuidar a Ingrid y los otros seis emprenderían el vuelo para ir en busca de la medicina que sanaría a la niña.



Aprovechando una fuerte ráfaga de viento, echaron a volar y a los pocos instantes se perdieron en el oscuro horizonte.

¿Saben ustedes lo que les pasó a los seis gansos?

Cada uno tuvo una aventura y son seis historias que quiero contarles.

HISTORIA DEL PRIMER GANSO

El viento era fuerte y nuestro primer ganso salió disparado sobrevolando el lago con gran rapidez. Sobrepasó los bosques y rodeó al majestuoso volcán.

El viento no cesó hasta dos días después, el gansito volador llegó a una gran ciudad y aterrizó en el alfeizar de un ventanal perteneciente a una vieja iglesia gótica. El pobre animalito estaba muy

cansado y se aprestó para pasar allí la noche. Metió la cabeza debajo del ala y se dispuso a dormir pero le fue imposible quedarse dormido porque una grandiosa música que provenía del interior de la iglesia lo invadía todo y hacía vibrar los cristales del ventanal donde estaba el ganso. Éste, al oír una música tan vigorosa y plena de armonía, miró a través de los cristales y pudo constatar que era emitida por los tubos de un gran órgano que en esos instantes era tocado por el organista de la iglesia.

Las notas musicales se veían con claridad; emergían como una lluvia de agua de los surtidores de una fuente, rebotaban en las paredes y salían por las ventanas.

Al ganso se le ocurrió en esos instantes que esa era la medicina que necesitaba su amita Ingrid y cogiendo con el pico una nota sol que pasaba en esos instantes cerca de él, emprendió el vuelo de regreso llevando la nota musical como si fuera una ramita.



Voló por encima de la gris ciudad y pronto dejó atrás el denso humo de sus chimeneas y el sordo ruido provocado por los automóviles y las industrias.

Tenía que volar rápido porque la nota musical podría disolverse entre las nubes...

HISTORIA DEL SEGUNDO GANSO

*P*artió remontándose el segundo ganso y voló bajo.

Las olas le salpicaban las plumas de la pechuga y la punta de las alas. Voló todo el día sobre un oscuro bosque y llegó a otro lago más pequeño donde había varias islas. Como atardecía, decidió pernoctar en las islas y eligió una que estaba cubierta por pasto de un intenso y atractivo color verde.

A la mañana siguiente, mientras se alimentaba picoteando la

alta hierba, vio que se acercaban varias embarcaciones con mucha gente y al parecer venían de fiesta porque estaban disfrazados con trajes de llamativos colores. Se reunieron en la playa para filmar escenas de una película cuyo argumento estaba basado en cuentos y leyendas de la tradición celta.

El ganso nada comprendía esta extraña escena relacionada con actividades de la industria cinematográfica.

Después de un tiempo en que se organizó y distribuyó el material de trabajo, empezaron a filmar.

La filmación se iniciaba con la llegada de una embarcación a la orilla de la isla. Había dos personajes que actuaban; uno era un príncipe que en su andar solitario bajaba a la orilla del lago y divisaba a una barca pesquera de color verde que venía hacia él. En la barca iba un joven gimnasta vestido de rojo, que jugaba con un bastón desde la proa hasta la popa del bote.

El bastón era de oro y golpeaba una pelota de plata. El gimnasta no dejó de jugar hasta que la barca llegó a la orilla. Entonces lanzó una cuerda a una roca y tiró de ella hasta depositar la barca en la hierba. Allí la aseguró con firmes amarras.

El príncipe saludó al gimnasta con cortesía y éste devolvió el saludo y le preguntó al príncipe si deseaba jugar una partida de naipes. El príncipe le contestó que no tenía naipes para jugar y el esbelto atleta rojo metiéndose la mano al bolsillo sacó por arte de magia una mesa, dos sillas y un paquete de cartas. Se sentaron en las sillas y se pusieron a jugar, con gran asombro del ganso que espiaba toda la escena escondido en el pastizal. Le llamaba mucho la atención el intenso colorido de las cartas que el personaje de la barca había sacado del bolsillo y pensó que una de estas cartas podría ser la medicina que andaba buscando. Entonces, saliendo bruscamente de la maleza se abalanzó aleteando y graznando sobre la mesa de juego y cogiendo

con el pico una carta que tenía grabada una hermosa señora, una reina que portaba una copa de oro con incrustaciones de piedras preciosas, echó a volar ante la sorpresa general de todos los que estaban allí presentes. Se remontó en el aire alcanzando gran altura y se perdió en el horizonte luminoso, dejando atrás la isla con todos sus misteriosos personajes.

HISTORIA DEL TERCER GANSO

Se dirigió este ganso hacia el mar y voló todo el día hacia el Oeste hasta que, ya sin fuerzas, pensó en bajar y buscar un lugar donde descansar, pero no había ni una isla, ni una roca donde posar las patas; todo era agua de un horizonte a otro. Decidió entonces flotar en la superficie de las olas cuando a lo lejos, divisó un barco que se dirigía hacia la China.

Haciendo un último gran esfuerzo voló hacia él. Ya desfalleciente chocó contra los cables de uno de los mástiles y cayó sobre cubierta quedando bastante magullado.

Los marineros que lo vieron caer quedaron muy asombrados al constatar que se trataba de un ganso doméstico y lo entregaron al cocinero de a bordo para que lo sirviera asado en la cena de esa noche. El cocinero lo metió en una jaula vacía que se usaba para llevar gallinas y que estaba sobre la cubierta.

Como todos lo fueron a visitar, desde el capitán hasta el último marinero y hacían comentarios sobre su extraña aparición, el ganso empezó a sentirse como un personaje importante y no estaba equivocado porque resolvieron no matarlo por considerarlo una mascota.

Pasaron los días y el barco continuaba navegando rumbo al Oriente. El ganso era alimentado con los desechos de comida de la

tripulación. Hasta que un día arribaron a un puerto y sucedió algo extraordinario, digno de contarse.

Estaba atracada la nave en el muelle y sujeta con fuertes espías o amarras, cuando comenzó a soplar un fuerte viento. El día era brillante, luminoso, ni una nube se veía en el cielo. De pronto todo se oscureció. De la nada aparecieron gruesas nubes y el viento alcanzó una gran intensidad. Arrancaba los objetos pequeños y los lanzaba lejos. El ganso estaba muy asustado en el interior de la jaula, con todas sus plumas en desorden y apenas podía respirar.

Entonces divisaron en el horizonte una enorme nube gris vertical que giraba vertiginosamente, succionando agua de la superficie del mar. Se fue acercando lentamente hacia donde estaba la nave haciéndose acompañar de terroríficas descargas eléctricas que caían al mar. Además del silbar del viento se oía un ruido sordo similar a los que producen los terremotos. A su paso, este remolino gigantesco



o tifón lo destruía todo y las embarcaciones que estaban en su trayectoria sucumbieron sin dejar rastros de ellas.

Pasó el tifón a unas tres millas del barco y se perdió en el horizonte. Poco a poco el mar dejó de alborotarse, el cielo se volvió a aclarar, el viento cesó y volvió la calma luminosa.

La tripulación salió a cubierta y empezó a ordenar y a revisar si había ocurrido algún daño en los aparejos, pero todo estaba bien y cuando fueron a ver al ganso, tuvieron gran alegría de encontrarlo vivo y expresaron su contento diciendo en altas voces que la mascota de la nave los había salvado del tifón.

El ganso, debido a la intensidad del viento, había tragado mucho aire y asustado, los recibió con el pico abierto. Uno de los marineros dijo en broma que el ganso se había tragado el tifón lo que provocó una risa general de todos los presentes. El ganso creyó todo esto y decidió llevar el viento que se había tragado a donde su amigueta

Ingrid para mejorarla de su enfermedad.

Cuando el buque navegaba de regreso, un marinero abrió la puerta de la jaula para que la mascota paseara por la cubierta; esto aprovechó el ganso para emprender el vuelo y alejándose del barco se dirigió hacia la costa...

HISTORIA DEL CUARTO GANSO

Partió el cuarto ganso, volando sobre el lago y llegó a un trival. Allí aterrizó entre las espigas y no pudo seguir volando. Estaba cansado y asustado y se puso a graznar pidiendo auxilio. Apareció entre las espigas de trigo un hermoso niño; era el hijo de uno de los campesinos que lo había divisado de lejos cómo había caído en el medio del trival. El pobre ganso trató de huir dando aletazos y

aplastando algunas espigas pero fue un esfuerzo inútil. El niño le acarició la cabeza y esto lo calmó y tomándolo en sus brazos lo llevó a casa.

Allí fue recibido por la familia campesina constituida por los padres del niño, el abuelo, un perro, un gallo con seis gallinas y un gato. Lo hicieron dormir con el gallo y las gallinas y en la noche sucedió algo digno de contarse.

Por entre los sacos de trigo que estaban en la bodega, apareció un hombrecillo no más grande que un ratón. Iba vestido con un traje de cuero y llevaba un bonete rojo en la cabeza. Calzaba zapatitos terminados en punta y con hebillas de plata. Se aproximó sigilosamente hasta donde dormían las aves y pateando fuerte en el suelo se sacó el bonete y saludó a las aves. Éstas se despertaron sobresaltadas. Las gallinas empezaron a alborotarse.

- Muy buenas noches señor gallo y señoras gallinas.

Permítanme que me presente al señor ganso, soy el duende de la granja; y usted señor ganso ¿de dónde viene?

El ganso le contó la historia de su amiguita Ingrid y de sus otros hermanos gansos que habían volado en busca de medicina. El duendecillo escuchó el relato con interés, sentado en el suelo y luego se quedó meditando. Al cabo de un rato, cuando los animales se estaban quedando dormidos dio un salto y gritó ¡Tengo la solución! Vamos a visitar a la lechuza que habita en la bodega, para que nos recomiende una hierba que sea apropiada para mejorar a la niña.

Llegaron a donde la lechuza, pero ésta los recibió de mal humor porque estaba en esos momentos por salir hacia la casa del señor búho que la había invitado a cenar. ¡No sé nada de hierbas! - les chilló cuando iba saliendo por la ventana -¡Les traeré un ratón si consideran que esa es la solución! ¡Adiós!, y se fue volando silenciosamente en la oscuridad.

- No es mucha la ayuda que nos ha brindado doña lechuza - comentó el duende. Espérame un momento gansito, aprovechando que ha salido la luna llena, me bañaré un rato en sus rayos. Diciendo esto, el duendecillo se sacó el bonete y el chaleco y subiéndose a la rama de un arbusto se tendió en ella. Luego se sacó los zapatos con la punta de los pies y estos cayeron al suelo entre el pasto.

- Qué podríamos hacer, murmuraba el duende mientras tomaba su baño de luna.

- ¿Se te ocurre algo ganso?

Pero el ganso bajaba la cabeza y lloraba silenciosamente porque sentía que su viaje había sido un fracaso.

Quizás estoy muy gordo por haber comido tanto -pensaba- y ese es el motivo por el cual he aterrizado en el campo de trigo y no he podido volar más allá.

- No te apenes ganso -lo consoló el duende. Hay que tener fe en

esta vida. Cuando uno se propone algo y lucha por ello, si está aprobado en las leyes de Dios, tarde o temprano consigues lo que te has propuesto y logras tu objetivo, pero el ganso no sabía lo que era objetivo y no comprendió lo que decía el duende.

- Escucha -dijo el duende-, te lo explicaré. En el caso tuyo, tu objetivo es buscar una medicina para sanar a tu amita y como esa es una idea buena y está conforme a las leyes de Dios, lo lograrás.

Te contaré que una vez, muchos años atrás, cuando yo era joven y tenía mil años, me estaba dando baños de luna sobre una ramita, como ahora, cuando se me cayó un zapato y fue a parar encima de la cabeza de una duenda que pasaba en esos instantes debajo de mi rama. Se puso furiosa y me retó diciéndome que yo era un duende mal educado y torpe. Mientras más enojada estaba, más linda la encontraba y me enamoré de ella. Entonces empecé a cortejarla y accedió a casarse conmigo. Ahora somos marido y mujer y padres de

diez hermosos duendecillos y de diez hermosas duendecillas que están creciendo cada vez más y cuando sean grandes y cumplan los dos mil años se irán de la casa, abandonarán a sus padres y formarán su propio hogar.

¡Se hace tarde! Vamos a ver a la garza blanca que vive en el río. Ella nos puede dar algún dato sobre la medicina que andamos buscando.

El duende se puso los zapatos, el chaleco y el bonete, y subiéndose al lomo del ganso lo guió hacia el río.

La Luna brillaba muy hermosa y reflejaba sus rayos plateados sobre la superficie del río, iluminando también la arena de las orillas. Allí estaba la garza blanca conversando con otra ave de color gris, de aguzado pico, era un guairabo.

Cuando la garza vio que se acercaba el ganso, estiró su largo cuello para observar mejor al intruso.

¡Buenas noches bellísimos personajes! -saludó el duende. Les presento a mi amigo el ganso que viene a visitarlos y les pide ayuda. Se trata de que mi amigo tiene a su amita enferma y necesita una medicina. ¿Saben ustedes de alguna hierba que crezca por aquí en las orillas del río y que sea útil para bajar la fiebre?

La garza y el guairabo se miraron sorprendidos, entonces la garza tomó la palabra y respondió que la medicina más eficaz eran los pescados que ella sacaba del río. Son muy sabrosos -observó- y ellos me mantienen saludable y esbelta con mi plumaje de una blancura inmaculada.

- ¡Son las ranas! -corrigió el guairabo. Ellas me mantienen el plumaje gris y sedoso y mi pico largo y fuerte, capaz de cogerlas de una pata trasera para engullírmelas al instante.

¿Cómo puedes decir tanta falsedad?, corrigió la garza-
¡Comparar las ranas con los peces! Que ridiculez. Los peces son más

sabrosos.

- Son las ranas - replicó el guairabo.

- Los peces - dijo la garza.

- Las ranas

- Los peces

- Las ranas

- Los peces

- Las ranas

- Los peces...

- Vámonos de aquí - murmuró el duende. Estos dos nunca se van a poner de acuerdo y no nos sirven. Así está el mundo en estos tiempos.

Se acomodó el duende arriba del ganso y emprendieron la marcha de regreso.

Le consultaremos al gato de la casa -dijo el duende-. Me han

dicho que conoce a una bruja que vive al otro lado del bosque.

Se encontraron con el gato que iba por el mismo camino hacia el río.

- Buenas noches señor gato. Tú ya sabes en lo que andamos. ¿Podrías llevarnos donde tu amiga la bruja para pedirle una receta?

- Con todo gusto, dijo el gato y partieron a través de la foresta en busca de la hechicera.

Llegaron frente a una casa construida con troncos y ramas y por la ventana abierta saltó el gato hacia el interior. Al poco rato se asomó la bruja y le preguntó al duende si le traía al ganso de regalo a cambio de la receta. Como el duende le dijo que el ganso era el que solicitaba la receta, la bruja desapareció de la ventana por un momento y luego apareció con una olla tiznada conteniendo agua hirviendo y lanzando el agua por la ventana les gritó que ahí tenían la receta.

El duende y el ganso casi fueron quemados por la bruja y en



vista de tan singular y poco amistoso recibimiento decidieron regresar a casa porque estaba amaneciendo y los duendes salen solamente de noche fuera de sus escondrijos.

Llegaron a la casa del campesino y los vino a recibir el perro. Ladraba muy enojado porque se habían ido de paseo sin pedirles permiso.

Soy el guardián de la casa -gruñó molesto- y tienen que solicitar mi autorización si desean salir.

Deja a un lado tus reglamentos -le reprochó el duende- y dinos si sabes de alguna medicina para sanar a la niña.

¡Hum! - dijo el perro; déjenme pensar. Déjenme pensar. ¡Ya sé! Mi amito el niño que encontró a este ganso en el trigal nos ha dado la solución. Tú sabes, duende, cuánto me quiere y cuánto lo quiero yo a él. Días atrás me regaló una galleta en forma de corazón y yo me comí parte de ella porque no tenía hambre y la otra parte la enterré en

el jardín para comérmela después. Creo que esa es la receta. El pedacito de galleta en forma de corazón.

-Dime dónde está- graznó el ganso; estoy seguro de que esa es la medicina.

Fue el perro a buscar la galleta que había enterrado y se la dio al ganso y éste, feliz, se despidió de sus amigos. Inició el vuelo con la galleta en su pico elevándose a gran altura y se perdió en las nubes del amanecer.

¡Adiós amigo ganso! Gritó el duende saludando con su bonete rojo. ¡Adiós! ¡Que tengas éxito! ¡Que te vaya bien!

¡Oh!, que tarde es. Tengo que ir pronto a casa. Mi esposa duenda debe estar intranquila por mí, y echando a correr llegó al galpón y desapareció entre los sacos de trigo.

HISTORIA DEL QUINTO GANSO

Partió volando nuestro ganso quinto por sobre la quinta que había detrás de la casa.

Voló, voló muy lejos a favor del viento, hasta que llegó a un palacio que un rico señor había ordenado construir en la orilla del lago.

Su tejado era de tejas verdes y los de sus torres también.

Tenía treinta habitaciones y todas ellas estaban deshabitadas. Nadie vivía allí, a excepción de un matrimonio de ancianos que cuidaban el castillo y lo aseaban manteniéndolo en condiciones aceptables.

El ganso entró por la ventana de una de las torres y dando torpes aletazos bajó las escalinatas hasta llegar al suelo. Allí se encontró en una gran sala en cuyo piso, de baldosas negras y blancas

se reflejaba la luz de las estrellas.

El ganso trató de escaparse de la inmensa sala y comenzó a volar en círculos buscando una salida. Pero sus esfuerzos eran inútiles. Había caído, al parecer, en una trampa y chocaba contra los ventanales de la sala. Magullado y preso de una gran agitación se echó jadeando en un rincón oscuro de la sala para reponer sus fuerzas y decidir qué hacer.

- Aquí no hay nada -se dijo-. La medicina que busco jamás la encontraré en este lugar.

En esos instantes, en el otro extremo de la sala apareció la luz de una bujía y se oyó la voz temblorosa de un viejo que preguntaba quién estaba allí. ¡Salga pronto! -dijo el viejo- porque voy a disparar con mi escopeta.

El ganso divisó al anciano en camisa de dormir y con pantuflas portando una escopeta y detrás de él, una vieja que levantaba

temblorosa una palmatoria con una vela encendida por encima de su cabeza.

El pobre ganso pensó que le había llegado su hora de morir y con mucho miedo y encandilado, voló hacia la luz de la palmatoria. Pasó volando por sobre las cabezas de los viejos y el batir de sus alas apagó la vela. Se oyó un disparo de escopeta y los viejos cayeron sentados al suelo.

¡Es un fantasma!, gritó la vieja.

¡Déjate de fantasmas!, refunfuño el viejo y enciende pronto la vela que tengo que cargar nuevamente la escopeta. Lo más probable es que sea una lechuza que se ha metido por la ventana.

Cuando la vieja encendió la vela ya el ganso estaba volando lejos por encima del lago y se perdió entre las nubes rumbo al Norte.

Llegó a un paisaje donde había una mina de carbón y se le ocurrió que lo más conveniente para protegerse de los tiros de

escopeta de presuntos cazadores, era introducirse volando por la negra boca de la mina y así lo hizo.

Voló en plena oscuridad guiado por fantasmales luces que portaban los mineros en sus cascos hasta que llegó al final de una de las galerías o túneles y chocó contra las negras paredes de carbón. Allí quedó aturdido y con fuertes dolores respirando fatigosamente con el pico abierto. El pobre animal estaba aterrorizado, víctima de una gran desesperación.

Se vio rodeado de luces y caras tiznadas que lo observaban con curiosidad. Eran los mineros que habían venido a ver de qué se trataba la extraña visita.

¡Es un ganso! -exclamaron. ¡Asombroso! ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Lo acogieron con cariño. Lo llevaron a un rincón donde estaban sus viandas y a la hora de la colación los mineros se sentaron

en el suelo, echaron sus cascos hacia atrás y con sus manos sudorosas y tiznadas empezaron a alimentarse.

Uno de ellos le tiró unas migas de pan al ganso y éste, más repuesto del susto y sintiendo la compañía amistosa de estos extraños seres humanos de cabeza luminosa, comenzó a picotear las blancas migas. Entre ellas encontró un pedacito de carbón y pensó que esa podría ser la medicina que andaba buscando y la cogió con su pico. ¡Es uno de los nuestros!, exclamó un minero y todos rieron. Posteriormente siguieron trabajando en el pique. Después de algunas horas terminaron su turno y salieron a descansar, llevándose uno de ellos el ganso bajo el brazo.

Cuando estuvieron fuera de la mina lo depositaron en el pasto y decidieron dejarlo en libertad porque el ganso aún portaba en su pico el pedacito de carbón.

No merece ser comido -dijo uno de ellos- porque es minero

como nosotros, su cuerpo está tiznado y ha sacado carbón de la mina, y se fueron a sus casas.

El ganso alzó el vuelo. Se dirigió al lago donde estaba su amita, la niña Ingrid, portando el pedacito de carbón. Iba convencido de que esa era la medicina que sanaría a la niña.

HISTORIA DEL SEXTO Y ULTIMO GANSO

La última historia se inicia cuando el sexto ganso alzó el vuelo y se dirigió hacia el mar.

Voló, voló, voló, voló muy lejos y avistó una larguísima playa allá abajo.

Descendió y siguió volando recorriéndola a muy poca altura hasta que llegó la noche.

A lo lejos divisó la luz de una linterna que colgaba en la cabaña de unos pescadores. Cuando iba llegando a la luz, chocó con una red que estaba extendida para secarse y hasta ahí llegó su viaje.

Le costó bastante tiempo liberarse de la red y el pobre ganso medio aturdido caminó tambaleante en dirección al agua para beber y refrescarse con ella. Pero la encontró salada y no pudo saciar su sed.

En esos instantes oyó una armoniosa voz de mujer que le preguntaba qué estaba haciendo allí y al mirar en todas direcciones descubrió a una hermosa niña muy parecida a su amita Ingrid que se estaba bañando sobre las olas, muy cerca de la orilla. El ganso avanzó nadando hacia ella pensando que era su querida niña Ingrid, pero no, era una sirenita que estaba entretenida jugando con las suaves olas de la playa.

- ¿Eres un ganso de mar?, -le preguntó- y el ganso le contó toda su historia.

La bella sirenita se puso triste al oír la historia de la niña enferma y sus grandes ojos verdes se llenaron de lágrimas saladas, pero luego, serenándose, sacó su cola fuera del agua y llevando sus manos a su larga cabellera adornada con piedras preciosas, corales y perlas, extrajo de entre sus cabellos una pequeña estrella que emitía hermosos destellos plateados y se la regaló al ganso que la cogió con el pico.



FOG

- Llévasela a tu amita- le dijo la sirena. Quizás esta estrella sirva para mejorarla.

El rostro del ganso quedó iluminado por el resplandor de la estrella y también por la alegría de haber encontrado la medicina que buscaba. Antes de despedirse nadó hasta la playa y depositó la estrella en la arena.

- Dime sirenita -preguntó el ganso- ¿qué estás haciendo cerca de la tierra en esta noche tan oscura?

- Estoy descansando del trabajo del día -respondió la sirenita. Me han designado para sacar a los peces pequeños que caen prisioneros en la red. Yo los libero y les salvo la vida.

- Noble trabajo el tuyo -respondió el ganso- y quiso coger nuevamente la estrella pero ésta había desaparecido, una pequeña ola la había devuelto al mar. Desesperado cogió algo que brillaba en la arena pero era un pedacito de concha nacarada.

Es una escama que se ha desprendido de mi cola rió la sirenita. Mira, allá está la estrella que te he regalado. En efecto, entre las numerosas conchitas que brillaban bajo el agua estaba la estrella luminosa.

El ganso la cogió con el pico y emprendió el vuelo de regreso en la oscuridad a lo largo de la playa.

- ¡Adiós!, gritó la sirenita, despidiéndose con una mano, luego se zambulló en las negras aguas y desapareció.

El ganso voló por encima de los montes portando la estrella luminosa, hacia la casa de Ingrid. Iba feliz pensando que esa era la medicina adecuada para sanar a la niña.

El doctor llegó remando en su bote y fue recibido en el pequeño muelle por los padres de Ingrid.

Habían pasado diez días. La niña seguía con fiebre muy alta y se estaba debilitando cada vez más.

El médico estaba preocupado. Probablemente es una fiebre tifoidea -dijo-, si no se obtiene mejoría con la medicina que voy a recetar, será necesario llevarla al hospital para efectuar exámenes de laboratorio y así estudiarla mejor.

¡Apuraos!, graznó la gansita que se había quedado cuidando a la niña.

Me he asomado todas las mañanas por la ventana y la niña se ve peor.

He entrado a su dormitorio para acompañarla. He subido a su cama y me he echado silenciosa al lado de ella para darle todo mi amor. En sus mejillas ardientes he puesto mis suaves plumas. Con el pico le he quitado las gotas de sudor de la frente y he peinado sus cabellos.

La niña está mal. ¡Estoy muy afligida al no saber nada de ustedes! ¡Apuraos! ¡Apuraos hermanitos míos que la niña está muy mal!



Esa noche la niña estaba con terribles pesadillas. Gritaba en sus sueños y la mamá se quedó sentada a su lado para colocarle en la frente compresas de agua fría para bajarle la fiebre.

De pronto se tranquilizó y sus labios reseco esbozaron una angelical sonrisa. Soñaba con sus gansos. Sus queridos gansos volaban presurosos entre fuertes vientos y tempestuosas nubes. Venían hacia ella para entregarle la medicina.

¡Rápido hermanitos míos!

La tempestad arreciaba pero ellos seguían luchando con gran fuerza sin sentir cansancio ni miedo.

Ánimo amita, ya vamos a llegar, ya vamos llegando.

De pronto la niña abrió los brazos y dio un grito de alegría.

Delira -pensó la madre.

Esa noche llegaron los gansos.

- ¿A dónde habían ido? -No sabía que los gansos domésticos

pudieran volar y tan lejos, -se dijo la mamá. Mañana les cortaré las plumas de una de sus alas.

La niña se había calmado. La fiebre desaparecía.

Sus sueños se hicieron hermosos, dulces y tranquilizadores.

Soñó que oía una música muy hermosa que salía de una iglesia. ¡Era tan bella y daba tanta paz a su alma!

Soñó que una dama ricamente vestida -como una reina- le daba de beber una reconfortante medicina contenida en una copa de oro adornada con piedras preciosas. Después de haberla bebido su cuerpo ardiente por la fiebre, era refrescado por un viento que entraba como un remolino por la ventana y barría su enfermedad.

El viento salía de la casa y se llevaba lejos, muy lejos, todo lo malo.

Soñó cómo su madre le daba de comer una galleta en forma de corazón y ésta la reconfortaba llenándola de energías porque estaba

hecha de amor.

Soñó también que, a pesar de sentirse bien, tenía mucho frío y se arrimaba a un pedacito de carbón encendido y éste le daba calor y felicidad.

Finalmente soñó que su mamá la peinaba y le colocaba en su cabellera un adorno brillante que iluminaba su rostro de alegría por estar nuevamente sana.

A la mañana siguiente despertó.

La niña ya no estaba enferma.

El médico la visitó y quedó asombrado. La medicina ha hecho un efecto milagroso -comentó. No me explico una mejoría tan espectacular, y se fue contento y satisfecho.

Los padres de Ingrid estaban dichosos y muy agradecidos y la mamá se olvidó de cortarle las plumas de un ala a los gansos voladores.

Días después la niña se levantó y paseó por los alrededores de la casa. Estaba totalmente restablecida y muy hermosa.

Una mañana llena de sol decidió ir al corral de los gansos. La mamá aún no la había peinado y dispuso ir donde ella para que le hiciera las trenzas. Cuando salía del dormitorio le llamó la atención una estrella muy brillante que estaba sobre el velador y cogiéndola se la puso como adorno en su cabellera. La niña corrió hacia su madre y la abrazó y besó agradeciéndole el regalo; pero la mamá, extrañada, le respondió que ella no había dejado esa joya en el velador.

Y ustedes mis pequeños lectores ¿saben quién le regaló la brillante y finísima estrella a Ingrid?

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina